

Guerciones de Madrid y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.

NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 19 DE DICIEMBRE DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.

NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NUM. 2, LIBRERIA: MADRID.

COSAS DEL DIA.

La lotería de Navidad constituye, desde hace unos cuantos dias, la única conversacion en Madrid.

No hay billetes, dice un cartelito, colocado en todas las administraciones del ramo, y al mismo tiempo, haciendo gala de desmentirlo, nos acosan por calles y plazas numerosos individuos del genero masculino, del femenino y hasta del neutro, ofreciendonos los consabidos decimos por pocos duros más de su valor.

Por todas partes se forman compañías cabalísticas, dispuestas a explotar el filon de la lotería, y no hay madrileño, que entre sueños, deje de decir para su manta:

—Si me toca la lotería, me casaré con Rosario, abriré una tienda de comestibles y me consagraré a tener sucesion.

—Si me toca la lotería, renunciaré el destino, compraré acciones del Banco y me pasará todo el dia.

—Si me toca la lotería, desempeñaré los pantalones de invierno y regalaré los que llevo puestos.

—Si me toca la lotería, me marcharé de España para no pagar mis deudas.

—Si me toca la lotería, regalaré un gaban ruso á mi rival. Es el mejor medio de que le aborrezca Mercedes.

—Si me toca la lotería, compraré un pavo para cada uno de los redactores de EL CASCABEL.

La verdad es que nada hay tan socorrido como soñar con la lotería. Tal vez, para adquirir el derecho de soñar se ha vendido la capa ó el reloj; pero eso, no importa. ¿Quién no se calienta con la esperanza de ser rico, sin haber puesto los medios para ello? Porque eso de trabajar para obtener una posicion desahogada, eso es de mal gusto, y propio de extranjeros, pero no de nosotros.

Nada, lectores míos; si los loteros no tienen billetes, los ciegos los tienen; si hay que empeñarse para jugar, se empeña uno. Hay que echar la cuenta del perdido y buscar á la fortuna.

Si esta no acude al llamamiento hoy, acudirá mañana y si nó al otro dia. Afortunadamente el juego de la lotería es el único lícito, y no tiene más peligro que perder el dinero.

Soñemos como sueñan todos. Si nos toca la lotería, volveremos á jugar hasta perder las ganancias.

Los provocativos pavos siguen recorriendo las calles, muy ajenos á su próximo fin.

El hombre es cruel: no puede alegrarse sin asociar victimas á su alegría. Ayer fueron los animales de cerda, hoy los de pluma y escamas, mañana serán los pajarillos del campo.

Cada banquete supone una hecatombe de inocentes, cuyos restos son ahogados despues entre vinos y licores: muchos son trufados. ¡Les damos de comer, despues de asesinarlos! Esto es horrible.

El memorial de agravios, quedó reducido á unas cuantas observaciones acerca de las libertades electorales. Los sagastinos han tenido el buen gusto de quitar su primer nombre al célebre documento y declarar una vez más su fervor dinástico.

Y á propósito, ¿se acuerdan Vds. de aquel jamás, jamás y jamás?

¿Verdad que la política ofrece cuadros muy vistosos y cambios sorprendentes?

Pues ya verán Vds. como no pasa mucho tiempo sin que nos digan los revolucionarios que ellos son mucho más borbónicos que todos los partidarios de la restauracion.

Ya está reorganizado el ejército que ha de dar á los carlistas del Norte la gran desazon.

Don Carlos no ha vuelto á escribir cartas, pero abraza la esperanza, cada vez más arraigada, de que al fin y al cabo hará nuestra felicidad.

Ustedes no lo creen ni yo tampoco; pero el hombre no cae de su burra. Afortunadamente los generales Quesada, Martínez Campos, Moriones, Loma, y otros, tienen argumentos muy persuasivos y están resueltos á no tardar en emplearlos.

Así que mejore un poco el tiempo, empezará á entrar á los carlistas el convencimiento de que deben hacer un viajecito á Francia, si antes no recuerdan que tienen casa y familia, que nadie tiene derecho á contribuir á una lucha sangrienta, y que la guerra

Escúchame, Camándula: ni tú ni diez que sepan más que tú, se la pegan al hijo de mi padre. Toda esa historia de tu vida y milagros, se la puedes contar á cualquier hombre toscó, así, de tu calaña; más nunca á aquel maestro de todas ciencias, á quien dá doble vista su saber. ¿Qué te has pensado tú, pelele? Yo he sido cocinero antes que fraile. ¿A quién le vienes á contar que eres un exclaustro, si cuando la exclaustro tu no habias nacido? Estudia la leyenda un poco, si quieres sacar buenas historias de tu cabeza, ¿estás tú? Porque el que se mete á hablar y entender de lo que no ha estudiado, le sucede lo que al gallo de Morón, que se quedó sin plumas y cacareando.

A este primer ensayo de discurso, el ladrón, creyéndose cogido, principió á retroceder, al par que murmuraba entre dientes alguna cosa.

El viejo prosiguió con benevolencia.

—Pero atiende, Camándula, hijo mio; aún podemos entendernos si eres dócil. Dame el caballo por las buenas, y no lo perderás. Nosotros callaremos en cuanto sea posible, y en último caso, mi señora doña Magdalena Salazar, y el mismo señorito, interpondrán todo su valimiento en tu favor.

La cara del facineroso habia cambiado; su expresion hubiera dado miedo á otro, menos valiente que Chapin. Inmóvil cabe el marco de la puerta, parecia meditar, y era acechar. Su torba vista vagaba como dudosa de Chapin al perro, del perro á Chapin.

El buen viejo esperaba prevenido su decision.

Entretanto Tralla, retirado, en un ángulo de aquel

civil, disculpable hasta cierto punto años atrás, es ahora un crimen indigno de perdón.

Un carlista platónico de los que tanto abundan en Madrid, decia noches atrás:—Nuestra causa marcha de bien en mejor. D. Carlos, que no puede distribuir sus fuerzas en toda España, ha conseguido lo que queria: esto es, que vaya casi todo el ejército liberal al Norte.

—¿Y qué adelantaba con eso? le pregunté.

—Pues ahí es nada, repuso: coger en un dia doscientos mil prisioneros, mandarlos á una de sus posesiones de Africa, como ha hecho con Savalls, y venirse á Madrid sin encontrar un solo enemigo por el camino.

—¿Luego Vd. le sigue esperando?

—Así me tocara el premio de la lotería, como estoy seguro de que llegará á Madrid en los primeros dias de Enero.

—Entiendo, añadió, añadiendo la cuestion: por eso sin duda se preparan los aguadores á salir á esperarle en la víspera del dia de Reyes!

LAS PATRAÑAS GENEALÓGICAS.

VIII.

LOS MANRIQUES.

Una de las grandes aficiones de los señores reyes de armas, eran las etimologías de sonsonete, con cuyo nombre designo aquellas que se fundan en una analogía de sonido entre dos ideas completamente distintas; pero pocas veces se rompieron menos la cabeza en busca de esta analogía, que al explicar la etimología del ilustre apellido de los Manriques, que en mi concepto y el de personas que saben más que yo, es de procedencia gótica.

Algunas veces no tejian con mala apariencia las etimologías de sonsonete, porque el oficio era socorrido y la obra se admitia sin exámen pericial; pero otras veces, el tejido era tan burdo, que no se concibe pudiera admitir la tela ni aún el parroquiano más lerdo. En este último caso se halla la del apellido en que hoy me ha tocado ocuparme.

Cuentan los reyes de armas, y si no recuerdo mal, uno de los que lo cuentan es mi paisano Anton de Bedia, que hacía las riberas cantábricas del Ebro vivia un caballero, que habia jurado morir en estado honesto si no encontraba para casarse una mujer tal

estrecho colgadizo en donde habia otra puerta cerrada, acechaba el final de aquel debate, como un primer galan en el bastidor acecha el instante supremo de su última salida.

Chapin volvió á decir:

—Conque, hijo Camándula, ¿por qué te decides? ¿Quieres la paz ó la guerra?

—Vaya Vd. á poner motes á otra parte—exclamó al fin el recién bautizado eludiendo la cuestion.—¡Eh! largo de mi casa y de mi huerto!

Y acariciaba con los ojos una enorme estaca que en un rincón del colgadizo habia.

—¿Me das el potro ó no? A la una, á las dos, á las tres.

—¡Aquí no hay ningun potro! Hablo en latin?

—Bueno, pues entre amigos, con verlo basta.

Y el viejo adelantó dos pasos.

—Eso no, por el alma de mi padre—dijo el facineroso blandiendo al fin su estaca, y yéndose hacia él.

Tralla entonces creyó inminente su salida, y pegando el hocico á las rehendijas de aquella puertecilla cerrada, lanzó un ahullido indefinible, imponderable, extraordinario.

En el instante mismo, rodando á confundirse con su eco, un agudo relincho se oyó en el interior, y dos enérgicas patadas derribando la carcomida puertecilla dejaron de relieve sobre el sucio fondo la correcta figura del magnánimo Cid.

Fué aquel un paso de comedia. Tralla saltó á su encuentro y se besaron; el bandi-

PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL.

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuación.)

—Oh serafico padre, hasta cuándo probarás á tu siervo. No basta que arrojado del claustro lo lancen al abismo del mundo, no basta que combatiendo toda tentacion se oculte entre esas peñas, para verse libre de la persecucion y de la calumnia.

Y volviéndose á Chapin añadió con entereza: —Pero todo en mi soledad pregonaba la inocencia del alma justa, aunque atribulada por las sujestiones de la carne. Estos peñascos, estos hilos de plata que brotan en la altura y van como en cascada hasta los valles, estas veredas casi inaccesibles, me dan su testimonio: jamás se vió ni se verá sobre estas crestas una bestia mayor.

—Y sin embargo, aquí ha subido—contestóle Chapin en el mismo tono.

—Vamos, hermano, vamos, no se chancee: haga la caridad de no chancearse: deje en paz á un pobre exclaustro en su retiro y no le turbe con historias del mundo.

Chapin, mirando al moceton, que contaría aponas treinta años, díjole en un arranque generoso.

como él la había soñado. Como era noble y rico, y galan y guapo, las chicas más nobles, ricas, discretas y hermosas de las merindades de Castilla, y aún de peñas abajo se le metían, como quien dice, por los ojos; pero él les daba calabazas á todas, porque ninguna realizaba en lo físico, y particularmente en la color del rostro, su caprichoso y peregrino ideal, que era una mezcla de rosa y azucena, que todos los coloristas del mundo eran incapaces de combinar perfectamente.

Un día de aquellos que los cazadores llaman de fortuna, ó lo que es lo mismo, un día que había nevado si Dios tenía qué en la cordillera pirenaico-católica, nuestro caprichoso caballero se fué de caza por la susodicha cordillera. Es lástima que al trepar á ella no se hubiese formado el *bollo* para que le hubiese hecho volver pies atrás, cosa que le hubiera tenido mucha cuenta, como luego veremos. El bollo es una niebla maravillosamente blanca y densa y fría, que se forma en la cúspide de la cordillera y va descendiendo á los valles, donde se disipa rápidamente. Esta niebla es tan fría, particularmente al estenderse por la vertiente septentrional, que los moradores de Orduña y Ayala cuando la ven, dejan sus campos y se refugian en sus hogares, donde para burlarse de su frialdad cierran puertas y ventanas y echan en la lumbre toda la leña de que tienen la cocina abastecida.

El caballero á quien á falta de otro nombre daremos el de D. Caprichudo, que le cuadra á maravilla, vió una avecica en un árbol, le disparó la escopeta ó lo que fuese, la derribó y corrió á cogerla. Al ir á echarle mano sobre la nieve, donde se agitaba con las ansias de la muerte, dió D. Caprichudo un grito de admiración y alegría viendo la hermosura de color que resultaba de la mezcla de la sangre con la nieve, y juró que si encontraba una mujer que tuviese en la cara color tan maravilloso como el que formaban al juntarse la nieve y la sangre de la avecica, se casaría con aquella mujer sin más averiguación, y aunque por lo demás fuese más fea que el voto va á Dios.

Echóse en seguida á buscar una mujer que satisficiera en un todo su antojo, y la encontró sin necesidad de molestarse mucho en su busca, porque el diablo, que anda siempre á la que salta, se había enterado de todo y tomando la figura de mujer tal como la soñaba el caballero, le salió á éste al paso, le contó no recuerdo qué peregrina historia, que venía á ser miel sobre hojuelas, le hizo cuatro zalamerías que acabaron de enamorarle, y el galan se casó inmediatamente con aquél montoncito de rosas y azucenas.

Don Caprichudo y su señora se querían como unos tontos y tenían ya dos chicos que eran lo que había que ver de hermosos y listos; pero D. Caprichudo, que era muy buen cristiano no las tenía todas consigo, porque la señora parecía judía segun la aversión que tenía á la iglesia y el gesto que ponía cada vez que su marido le decía: «Pero, mujer, tú no eres una madre como Dios manda, porque á esos chicos les enseñas picardías en lugar de enseñarles la doctrina cristiana.»

Una de las criadas le fué un día al señor con el chisme de que la señora cuando iba á misa no tomaba agua bendita y se tapaba la cara con las manos al tiempo de alzar el señor cura la hostia y el cáliz, y como llovía sobre mojado, el señor se guardó de echar en saco roto aquel aviso. Llegado el domingo, la se-

do, perplejo un instante, tiró por fin la estaca y desnudó el puñal; Chapin volvió los ojos como esperando auxilio, y cuando ya sentía la acerada punta sobre su garganta, un juramento y una violenta sacudida le volvieron el alma al cuerpo.

Era que D. Carlos en persona, y el mismo Rafael, sujetaban al bandido por detrás.

XXXII.

La lucha fué brevísima.

Aunque el bautizado Camándula por Chapin, parecía un Hércules, tan pronto como conoció á D. Carlos, no opuso resistencia.

Fascinábale la mirada de aquel hombre. Verdad que con justicia ó sin ella gozaba D. Carlos entre los facinerosos de aquel tiempo de una malísima reputación.

—A ver, amarrad á ese tuno al tronco de un árbol, —dijo el teniente con acento frío.—Vosotros cuatro á registrar la casa; tú y tú, de centinelas sobre los puntos avanzados de los caminos del Norte y Mediodía.

Después, volviéndose al bandido, añadió brusca-

mente: —Tú, bribonazo, pronto. ¿Dónde están tus cómplices, quiénes son, cuántos son?

El hermano Camándula temblaba como un azogado. Mirando á la puerta de su casucha con el rabillo del ojo, todo se le volvía tartamudear:

—Perdon... mi coronel... ¡No tengo cómplices, Se-

ñora fué á misa con un chico de cada mano, no por su gusto, pues siempre se hacia la sorda cuando tocaban á misa y solo iba á oír por no oír el sermón que su marido comenzaba á echarla encareciendo las excelencias del santo é incruento sacrificio.

Así que la señora y los chicos partieron, el señor llamó á dos criados de su confianza y les dijo:

—Vais á ir á la iglesia, os vais á arrodillar durante la misa uno á cada lado de la señora, como que es por casualidad, vais á estar con mucho ojo cuando toquen á alzar, y si veis que la señora levanta las manos para taparse la cara, se las sujetais hasta que el señor cura haya alzado la hostia y el cáliz.

Los mozos que eran listos y obedientes á las órdenes de su amo, hicieron lo que este les mandaba, es decir, se arrodillaron uno á cada lado de la señora haciéndose los disimulados.

En efecto, cuando el sacerdote fué á alzar la hostia, la señora quiso levantar las manos para taparse la cara como si viera al diablo y entonces los mozos se las sujetaron, convirtiendo las suyas poco menos que en tenazas; pero, no se sabe cómo, la señora dando un terrible grito, logró desprender ambas manos de las de los criados, así de la suya á cada uno de los chicos que tenía al lado, é infestando la iglesia de un humo que olía á azufre ó á demonios, se remontó hacia la bóveda y desapareció por una ventana con uno de los chicos, pues el otro no cupo porque era el más grandecito y cayó al suelo, de donde le levantaron sin sentido y con la mano que le había asido su madre toda achicharrada.

Aquel chico vivió, creció y fué un caballero cumplido en todo, solo que quedó para siempre manco de la mano achicharrada, por lo cual se le conoció con el nombre de *Manrique*, que se transmitió como cognomen ó apellido á sus sucesores, y aquí tienen Vds. explicado, con una fuerza de ingenio que tumba patas arriba, el origen del ilustre apellido de los Manriques.

Los genealogistas é historiadores serios, dan á los de este linaje origen tan ilustre que los hacen proceder de reyes y de señores tan insignes como los de Lara, pero los señores reyes de armas los hacen descender, como hemos visto, nada menos que del diablo en persona.

Si he dicho y repito que muchos de los señores reyes de armas eran el mismísimo demonio para estas cosas!

ANTONIO DE TRUEBA.

LA EDUCACION.

BOCETO.

Es verdaderamente lamentable que las palabras no expresen siempre la idea que están llamadas á significar, y es prácticamente indiscutible que, en efecto, los idiomas se corrompen por desgracia. Con razon decía un escritor español distinguido, académico por más señas, que el lenguaje de un pueblo es el barómetro más seguro de su moralidad y de su prosperidad; por consecuencia, el pueblo que no es moral, no llegará á ser próspero. Mirad la lengua de una na-

ñor Excelentísimo... Me he hallado ese caballo... ¡Créalo V. E.! ¡Dispéñseme V. E., sí, lo juro por su preciosa vida!.. ¡Me hallé el caballo en mitad de esas sier- ras!.. ¡Lo he subido hasta aquí como Dios me ha dado á entender!.. ¡Ya le daba yerba... ya le daba azúcar... Oh, mi general, V. E. puede jurarlo como si lo hubiera visto...

Atajando D. Carlos aquel torrente, díjole con imperiosa sequedad.

—Basta de enredos: no es eso lo que te pregunto: ahora contéstame con precision ó mira lo que haces. ¿En primer lugar, me conoces?

—Sí señor.

—¿Quién soy, cómo me llamo?

—Se llama V. E. D. Carlos Verdugo, y es para gloria y seguridad de la gente buena, el valiente entre los valientes, entre todos los dignos oficiales que gobiernan los tercios de la guardia.

—Puesto que me conoces, sabes también de lo que soy capaz. Mi gesto hasta el presente nada te ha revelado, mas yo también te he conocido, S. Borondon.

Al escuchar en boca de D. Carlos aquel nombre de guerra, la impresion de terror que estremeció al bandido fué inexplicable. El tronco á que se hallaba atado lo sintió en sus raíces, la cabeza cayó sobre su pecho, y la amarilla lividez del bronce bañó su rostro horrible y atezado.

No obstante, se repuso, y su mirada turbia y azorada volvió furtivamente á la puertecilla, por donde desaparecieron los soldados.

ción, como se mira la de un enfermo—exclamaba aquel autor—la lengua os revelará su estado.

¿No adivináis por qué? Porque las palabras dicen sólo aquello que el vulgo quiere que digan: dúctiles como la cera, se amoldan cabalmente al sello que se les impone, y lo que varía, en realidad, es la idea á que responden, el sello á que se amoldan.

¿Se sabe, por ejemplo, con toda seguridad, lo que expresa la palabra «educación»? ¿Es por todos del mismo modo comprendida y aplicada?

«Educad á la mujer,» dicen los unos; «educad al hombre,» claman las otras; «la educación es elemento indispensable á la existencia social,» escriben por un lado; «la educación es la vida,» gritan por otro; fundándose todos, en general, y en particular cada uno, en la necesidad del cumplimiento de estrechísimos deberes.

¿Y qué es educación? pregunto yo á mi vez: ¿y cuáles son los deberes á que se alude? Abrid el Diccionario de la Academia Española, al que yo he llamado, quizá con hipérbole, «suprema autoridad en la lingüística,» y siquiera leais el párrafo correspondiente en todas sus sucesivas ediciones, sólo vendréis á sacar en limpio que «educar» es «criar, enseñar, doctrinar,» sabido lo cual tendréis absoluta precision de seguir preguntando, ¿qué es doctrinar, enseñar y criar? esto es, de pedir una segunda definición de la definición, sin desconocer por eso la sabiduría de aquella corporación respetable, antes bien culpándoos de torpeza insigne.

Vamos, pues, á buscar respuesta á la pregunta más clara, aunque sin duda menos sabia, y hemos de conseguirla mediante un procedimiento muy sencillo.

¡Ea! caballeros, tomen ustedes sus sombreros de copa, que por su forma y su destino parecen la chimenea del horno de la inteligencia; y ustedes, señoras y señoritas, cubran sus encantadoras cabezas con la sin igual mantilla... y á la calle, á la calle todo el mundo. Hemos de detener, solicitando contestación categórica, á cuantos en la calle hallemos.

No creo que así faltemos á regla ninguna de educación, pero si faltamos, ¿no será disculpable la falta, cometida precisamente para conocer la ley que se infringe con tal motivo? Y sobre todo, otra consideración ha de alentarnos; hablándose de españoles, no hay uno que no encuentre justificado todo aquello que como obstáculo, es decir, como pretexto puede alegar para interrumpir ó dilatar el trabajo. ¡En marcha!..

Somos afortunados, si es fortuna dar desde luego con este caballero, sectario ciego de la moda, su único ideal en política y tal vez en religion. ¿A quién sorprenderá que le encontremos tan á mano? Los tontos están en todas partes, ó lo que es lo mismo (para que los tontos no lo entiendan), *stultorum infinitus est numerus*.—Y díganos usted, pollo en feria, ¿qué es educación?—Montar á caballo, bailar el wals y saber un chiste en francés.

Pero se aleja precipitado... Ha visto á la marquesa del Barquillo y corre á saludarla: también nosotros interrogaremos á esa dama que, envuelta en seda y exhalando perfumes, se exhibe en aquel landó.—¿Qué es educación?—Sonreír á todos los hombres menos á mi marido.—Vaya usted con Dios.

D. Carlos prosiguió de esta manera:

—Sí, te he conocido, S. Borondon, y sé muy bien lo que puedo esperar de tí, del mismo modo que tú sabes lo que puedes esperar de mí. En prueba de ello, hé aquí tu cédula de vecindad. Manuel Picazo (a) San Borondon, conocido también por el Niño de la Ermita, natural de Estepa, de edad de 27 años. A los 19 robó la ermita donde había nacido, que cuidaba su propio padre, los ahorrillos del viejo, y á una muchacha de la vecindad llamada Rosarito Florinda, de cuyas resultas murieron los padres de ésta, y él fué condenado, pero no habido, á diez años de presidio mayor.

Después anduvo con Camorra, con Chicon y con Trábuco; en fin, con todos los ladrones célebres que han infestado los cuatro reinos desde hace ocho años; mas al caer sus corifeos uno á uno bajo el fallo de una sociedad ultrajada tantas veces, él conseguía evadirse siendo condenado en rebeldía. Su complicación probable en el asesinato del hijo del alcalde de Badolosa sobre el Genil, debió de ser su última hazaña: desde entonces le perdimos la pista, pero enténdelo bien, S. Borondon, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Sólo podrá librarte de una muerte inmediata tu declaración explícita en este negocio.

Aquí llegaba el teniente de su discurso, cuando saliendo los cuatro soldados de la casa, le dijeron:

(Se continuará.)

—Y usted, señorita, ¿podrá contestarnos?...—¿Educación? Es decirme que soy bonita...—¡Basta! Esto es de finir por pasiva.

Allí viene un individuo que nos sacará de dudas; marcha con aire resuelto y viste con descuido.—¿Qué es?...—Educación es tener valor para enseñarla á pistoletazos.—¡Huyamos!

Si no lo impide el turbion de gentes de todas condiciones que, como avalancha incontrastable, se nos viene encima. Hombres y mujeres, chaquetas y levitas, descubro en el grupo: temo que vá á ser imposible ordenar sus contestaciones. Aquí de la taquigrafía.—¿Qué es educación?

Un bolicario.—¡No morirse nunca!.. pero enfermar con frecuencia.

Un jugador.—No sacar el tres cuando he jugado á la sota,

Un prestamista.—Socorrer al necesitado con el interés del 200 por 100.

Un casero.—Empeñar los calcetines antes que deber la casa.

Una vieja.—Inventar específicos para rejuvenecer.

Un amante.—Suprimir el *no* en el vocabulario del amor.

Una modista.—¡Eso!

Un filósofo.—El desenvolvimiento de las facultades del sér, en la totalidad de sus manifestaciones.

Un maestro de escuela.—El arte de portarse con decoro... aunque le deban á uno treinta pagas.

Un negociante.—¿Educación? No doy por ella dos setas.

Un aguador.—En treinta años que llevu de oficio, no he llegadu á tropezármela en la fuente.

Un inspector de policía.—¡Franco el paso! ¡Fuera de aquí todos, ó meto en la Prevención á todo el mundo!

Yo, escurriendo el vulto (sin despedirme).—¡Cuánta falta hace enseñar educación!

Como que cada cual la propone egoistamente, y el concepto desaparece ante las exigencias del egoísmo.

Resumen.—La educación es víctima de la conveniencia; la educación *ha de ser* resultado del sacrificio el de las pasiones en aras de la virtud, el de la inercia en aras de la ilustración, el del bien de uno en aras del bien de todos.

Y conste que, en último término, obtiene este sacrificio indemnizaciones tales, que llega á convertirse en fundamental elemento de bienestar dentro de las condiciones de la vida social, así posible únicamente.

F. JAVIER UGARTE.

HISTORIA DE UN POETA.

(Conclusion.)

La zarzuela del pobre Lúcio se representó en el teatrillo citado, y tuvo un éxito asombroso, pero lo tuvo por la música, que era en verdad preciosísima. El público pidió la repetición de las piezas musicales, y llamó al autor de la música. Lúcio salió con éste, y el público sin piedad comenzó á gritar:—¡El músico sólo! ¡el músico sólo! El desdichado Lúcio entróse avergonzado y cayó en brazos de la madre de una de las cantantes con un síncope. Me apresuré á consolarle y animarle, que harto lo necesitaba despues de aquel vergonzoso desaire que tan injustamente le habia hecho el público, y no solo le desairó el público, sino que, para mayor dolor, la prensa unánime celebró el triunfo del músico, poniéndole en las nubes, y unánimemente calificó de insignificante el libreto; la obra de Lúcio, la obra en que cifraba tanta gloria, tanta fortuna, y ni siquiera le quedó el consuelo de que su obra le produjera dinero, porque á los dos días de estrenarse, la empresa, que ya estaba muy quebrantada, se vió en la precision de cerrar el teatro, y la zarzuela de Lúcio bajó al panteon del olvido, despues de haber devengado cuatro duros por derechos de representación, que el triste Lúcio no encontró quién le pagase.

El músico, su compañero, engreido cen su triunfo, le despreció, le abandonó, y solicitado por poetas más conocidos, dedicóse á escribir música para libretos que habian de ponerse en escena en teatros principales; hizo más: la música que habia escrito para el libreto de Lúcio la aplicó á otra zarzuela que le escribió otro autor experimentado y de poca conciencia, y en el teatro de Jovellanos se cantó la música de la zarzuela de Lúcio, pero sin los versos de Lúcio. ¿Puede darse más desdichada suerte que la del desventurado Lúcio?

El cruel golpe abatió mucho al cándido poeta, y quise aprovechar este estado de su espíritu para aconsejarle que renunciase á recorrer el doloroso calvario de la carrera literaria, y volviese á su pueblo, haciendo las paces con su padre. Mi indicacion no sirvió más que para reanimar su energía, y persistir en su idea de cultivar las letras, y hacer su fortuna, y conquistar la gloria cultivándolas.

—O llevo á conseguir lo que me he propuesto, me dijo, ó me pego un tiro. Usted tiene la culpa, añadió, usted decidió mi suerte publicando aquella poesía; si no la hubiera Vd. publicado yo me habria resignado, no hubiese vuelto á pensar en la literatura. ¿No recuerda Vd. que así lo decia en mi carta? ¡Renunciar ahora! ¡imposible! ¡imposible!

Y yo sufría mucho oyéndole, y temia que, no pudiendo conseguir, como no podia, la reputacion y la fortuna que perseguía en vano, acabaria trágicamente el pobre muchacho, y ya me inquietaba el remordimiento de haber sido causa de su desgracia.

Perdíle de vista durante tres meses, y cada vez que leía en *La Correspondencia* que algun prójimo habia puesto fin á sus días, echábame á temblar y no quedaba tranquilo hasta haber averiguado que el suicida no era el pobre Lúcio. Un día leí en un periódico una gacetilla en que se hacia donosa burla de unos versos dirigidos á ella, al fin de los cuales se leía el nombre de Lúcio. El gacetillero se habia complacido en comentar verso por verso los desatinos de Lúcio, copiándolos de un periodiquito literario apenas conocido, y hacíalo en verdad con donaire y agudeza. Lúcio se habia realmente desatado en aquellos versos á ella, escritos con un calor pero en una forma tan extravagante, que prestábanse grandemente á todo linaje de burlas. El cruel gacetillero terminaba su obra despues de estampar el nombre del poeta con esta exclamacion:—¡Ah! compadecemos á ella! ¡la inocente víctima de este poetastro, á no ser que sea ella tonta como él, en cuyo caso se cumplirá aquello de Dios los cria y ellos se juntan.»

El día siguiente al de la aparicion de los versos de Lúcio, *La Correspondencia* anunció que un jóven habia sido llevado á la cárcel por haber abofeteado en la calle de Alcalá á D. Fulano, que no era otro que el autor de la gacetilla. Corrí á la cárcel á ver al pobre Lúcio, fuí á ver tambien al redactor abofeteado y al gobernador, y logré que Lúcio fuera puesto en libertad. Yo mismo le llevé la noticia, y le saqué de aquel siniestro lugar donde no debia estar un hombre tan bueno, tan honrado como Lúcio.

—Pero ¿qué ha sido de Vd. en estos meses? le pregunté. Yo ignoraba dónde podria verle, y sin embargo, he buscado á Vd. con insistencia.

No me atreví á decirle que le habia buscado en el depósito del Hospital cuando los periódicos anunciaban que algun hombre se habia suicidado.

—Es toda una historia, me dijo. Sepa Vd. que dentro de cuatro días me vuelvo al pueblo, al lado de mi padre.

Al oír esta noticia sentí la mayor alegría que he sentido en mi vida. Lúcio se habia salvado; ya no sería yo en cierto modo responsable de su muerte trágica.

—Vuelvo, continuó, obediente y sumiso á mi padre.

Le dí un abrazo y le hubiera dado un beso.

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿Cómo se ha curado usted de su afición á las letras?

—No me he curado, me contestó.

Y me eché á temblar otra vez.

—Me ha curado, añadió, una mujer.

—¡Siempre ellas!

—Me ha curado ella, ella, la mujer á quien dirigí esos fatales versos que han servido para que se burle de ella y de mí ese redactor procaz de este infame periódico. Y lo estrujaba en su mano.

—Cuénteme Vd.

—A los pocos días del extremo de mi desgraciada zarzuela, iba yo muerto de frio y de hambre por la calle de Embajadores, sin saber á donde iba. No tenía casa, no tenía un cuarto, no tenía más que desesperacion. De pronto, nubláronse mis ojos, y caí en la acera. Cuando recobré el conocimiento me hallaba en una limpia cama, y lo primero en que se fijaron mis ojos fué en...

—Ella, ¿no es verdad?

—Sí señor, una mujer, mal digo, un ángel; me miraba atentamente con una celestial expresion de cariño.

Díjome algunas palabras de consuelo y de esperanza, fuése, y á poco volvió con una tacita de caldo. Cuando yo la iba á tomar, entró un médico, que prohibió absolutamente que se me diera. Dijo que yo tenía una fiebre espantosa, y que aquel alimento podria matarme; y la divina enfermera, toda convulsa, se apresuró á retirar la taza. Quince días estuve muy

grave, segun me dijeron despues; tuve el tífus, y aquella mujer, sin la menor aprension, con una caridad evangélica, con un amor fraternal, me cuidó con tanto esmero, que ella, ella fué la que salvó mi vida; pero, soy injusto, no fué ella sola; su madre la acompañaba en lo posible en tan generoso empeño; su madre, una viejecita casi ciega, casi paralítica. Las pobres mujeres estaban en la calle cuando yo caí; me recogieron, me entraron en su cuarto, una pobre habitacion en un pátio, y allí me tuvieron mientras mi enfermedad, privándose de lo más preciso, trabajando ella más que trabajaba antes, para poder atender á su madre y á mí, que les he gastado un dínaral; veinticinco ó treinta duros, para ellas una fortuna, tan grande relativamente, como la de Manzanedo. Mi convalecencia ha sido larga, y no han permitido que salga de su bendita casa, y se han impuesto todo linaje de sacrificios para hacerme comprender que no estorbaba, y han apelado á todos los medios para evitar mi fuga, como decia ella cuando hablaba de mis descos de salir de su casa. En esta situacion, habiendo contraído con esas mujeres una deuda tan sagrada, escribí á mi padre, le referí lo que habia sucedido y le pedí que me prestase unos reales para indemnizar de sus sacrificios á mis bienhechoras.

—¿Y no se acordó Vd. de mí?

—Sí, mucho me acordé de Vd., pero ya le he dicho á Vd. que me habia propuesto no pedir favores de cierta clase á nadie en el mundo. A mi padre, por ser la circunstancia tan excepcional, le pedia un préstamo.

—¿Y su padre de Vd. le envidiaría...?

—Mi padre me escribió que si renunciaba á mis locuras todo lo suyo sería mio, pero que si no renunciaba no le volviera á escribir.

—¿Y Vd. lo consultó con ella...?

—No, no le dije una palabra. Le referí mi triste historia, le leí mis versos...

—¿Y le gustaron?

—No señor, y fué franca conmigo, me lo dijo.

—¡Prudente y discreta mujer! exclamé.

—Fué más franca que Vd., me dijo Lúcio en tono de amistosa reconvenccion.

—Yo no lo fuí, le dije, porque Vd. no me lo consintió. Recuerde Vd. nuestras conversaciones...

—Es verdad, añadió, la culpa solo era mia. Sin embargo, á mí me costaba mucho trabajo renunciar á mis versos, y un día hice esta desdichada poesía, y la envié á un periódico que tuvo la debilidad de publicarla y yo la de enseñársela luego á Teresa para que viera que no eran mis versos tan malos cuando personas ilustradas los publicaban.

—¿Y qué dijo?

—Se enojó mucho, y me dijo muy seria:—Lúcio, si vuelves á hacer versos, te advierto que no me caso contigo aunque me muera de pena. Tus versos son muy malos, yo no te engaño.—Esta horrible sentencia me ha curado; renuncié á esa poesía que tantas penas me ha costado, y me entrego á la dulce poesía del amor de esa mujer; en ella, tan sencilla, tan buena, tan hacendosa, tan excelente hija, tan fuerte para el trabajo, tan digna, tan humilde, hay tesoros de poesía, de verdadera poesía, y ayer escribí á mi padre que vuelvo á mi lugar curado de mis versos, y acompañado de la bendita mujer que me ha salvado y de la bondadosa anciana á quien amo como á una madre. ¿Vd. será mi padrino de boda?

—Con muchísimo gusto.

Conocí á Teresa y á su madre, y eran efectivamente dignas del encomio que de ellas hizo Lúcio. El padre de éste le envió dinero, le dió su consentimiento para la boda, y pocos días despues, en la parroquia de San Lorenzo se casaron los novios, siendo madrina la vieja y padrino yo, que lo fuí sin remordimiento ni pesar, porque aquel matrimonio no era de los que fragua el diablo, siempre mal intencionado, sino de los que Dios bendice y premia con eterna felicidad.

Y aquí dá fin la *Historia de un poeta*, que se empeñaba en serlo contra la voluntad de Dios, que le habia dado todas las cualidades propias del hombre de bien, del buen ciudadano, buen marido y buen padre de familia, y le habia negado en absoluto las del genio, que hace inmortal el nombre de los pocos elegidos para honrar con la gloria de su talento á su patria; pero tambien los buenos ciudadanos, probos, trabajadores y virtuosos son honra de la patria.

CÁRLOS FRONTAURA.

